

Teilhard de Chardin en sus Cartas

Juan Sobrino, S. J.

El autor de este artículo es uno de los nuevos valores jesuíticos, recientemente llegado a Centro América. Su afición a la filosofía y su excelente formación matemática le capacitan especialmente para entender a Teilhard, científico y filósofo como él. (*)

El contenido novedoso de esta aportación al conocimiento de Teilhard está en que se hace apoyándose en sus cartas, poco divulgadas hasta ahora, bosquejando a base de ellas su figura de hombre sincero, con un alma abierta a todo lo bueno y elevado, aunque esto no quiera decir que por ello el autor respalde todos los rasgos que ha ido encontrando. Su labor se limita a descubrirlos y presentarlos al lector.

El Domingo de Pascua de 1955 moría en Nueva York en relativo anonimato el jesuita francés y famoso paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin. En estos diez años el pensamiento del P. Teilhard ha sido estudiado con avidez y con entusiasmo o recelo, según los casos, pero no ha podido ser ignorado. La lista bibliográfica de sus obras llega a 1200 títulos. Los comunistas lo estudian. Algunos de ellos, como Roger Garaudy, modifican notablemente su pensamiento para adaptarlo al dogma marxista. Entre los católicos, Teilhard se ha convertido para muchos en símbolo de una nueva era de abertura y lozanía en el pensamiento cristiano. Algunos padres del Concilio lo citan; y el nuevo General de la Compañía de Jesús ha dado su visión más bien simpatizante con la obra de Teilhard.

Como en todo proceso de carácter histórico-social se necesitaría mayor perspectiva y tiempo para juzgar ese fenómeno de carácter rejuvenecedor, si no revolucionario, que es Teilhard. Un análisis serio del problema incluiría además del pensamiento y personalidad de Teilhard, la encrucijada geográfico-histórica de la primera mitad del siglo XX, en la que se desarrolló su pensamiento.

En este breve estudio nos limitaremos a bosquejar en la figura de Teilhard aquellos rasgos personales que a nuestro juicio explican su atracción casi universal y le hacen sin duda uno de los grandes hombres de nuestro tiempo. Tratamos pues, más que de resumir sus teorías científicas o filosóficas, de encontrar en su personalidad la raíz de su visión del mundo. Para ello nos valdremos casi totalmente de sus cartas, pues aunque el alma de Teilhard aparece diáfana en otros de sus escritos, en sus cartas, dirigidas a personas concretas, su pensamiento vuela más espontáneo dejando al descubierto la gran virtud de Teilhard: su abertura de mente.

La raíz de esa abertura de mente, cualidad verdaderamente ecuménica, se encuentra ciertamente en su vida personal. Como lo atestiguan todos los que le conocieron, Teilhard fue un hombre capaz de amistades profundas e incapaz de condenar a nadie. "El mundo es redondo", solía decir, "para que la amistad pueda rodearlo".

Esta abertura incondicional de Teilhard

aparece en sus cartas concentrada alrededor de varios puntos, de los cuales se nos antoja ser tres de los más importantes: su vocación científica, su capacidad para contemplar la realidad, y, finalmente, su honda preocupación por el problema del mal. Teilhard se asoma de este modo, en primer lugar, a una cultura marcadamente tecnológico-científica. En segundo lugar, a los eternos problemas de la filosofía. Y en tercer lugar, al Cristianismo, única realidad que puede entender hasta cierto punto el misterio de un amor infinito sujeto a las limitaciones de lo aparentemente absurdo: la Cruz.

En todos sus proyectos intelectuales, ya sean científicos, filosóficos o religiosos, Teilhard aparece en su correspondencia como el hombre abierto "que busca, como quien va a encontrar, y encuentra como el que todavía está buscando", en frase de San Agustín. (1) Teilhard está convencido de que "para el cristiano no existe nada totalmente hecho, todo es una tarea por realizar, nada es inteligible fuera de una propensión hacia lo que todavía no es". (2) Esta honradez y abertura intelectuales son las que han hecho de Teilhard una figura significativa, especialmente en una generación de interés ecuménicos.

El Científico

Teilhard fue un científico universalmente reconocido por sus numerosos libros y artículos y por sus descubrimientos en paleontología, especialmente el descubrimiento del Hombre de Pekín. Sin embargo, lo más característico de Teilhard el científico no son sus triunfos profesionales, sino su profundo sentido de la vocación científica. Como sacerdote católico, por una parte, Teilhard no podía ignorar las crisis que den-

(*) El P. Sobrino hizo con extraordinaria brillantez sus estudios de Filosofía en la Universidad de Saint Louis (EE. UU.) y es graduado en "Investigación Matemática y Científica" por dicha Universidad de los PP. Jesuitas norteamericanos. En la misma explicó durante un año "Historia de la Filosofía". Sirva esto también de explicación a sus citas, hechas de la traducción inglesa, única que tenía a mano en Saint Louis.

tro de su Iglesia han producido los descubrimientos de Galileo, Darwin y Freund. Y sin embargo, una religión sin ciencia es una religión mutilada, no totalmente católica. Por otra parte, como francés del siglo XX, Teilhard fue heredero del materialismo y positivismo del XIX y vio claramente que una ciencia sin religión, sin mística, es también ciencia mutilada. (3) Esa confrontación muda de la religión, y de la ciencia, sin diálogo, sin amor, le hizo escribir:

"Anteayer delante de un público de chinos y americanos un simpático profesor de Harvard nos dio una modesta y sencilla explicación de cómo, según él, había brotado la inteligencia en la especie animal. No pude menos de pensar en el abismo que separa el mundo intelectual en que yo me muevo, y cuyo lenguaje conozco, y el mundo teológico de Roma con cuyo idioma soy también familiar. Al principio fue como una sacudida ese caer en la cuenta de que el segundo debe ser un lenguaje tan real como el primero; entonces me dije que yo quizás sea capaz de usar el lenguaje científico de tal manera que pueda expresar con claridad lo que el otro idioma contiene, pero con palabras que la mayoría de la gente ya no puede entender". (4).

Esta vocación hacia la ciencia no es una vocación desesperada. Teilhard no quiere unir ciencia y religión, movido de cierto imperativo apologetico. No obra primariamente por razones extrínsecas a la ciencia, sino que encuentra en la ciencia como en cualquier actividad del espíritu humano, un cauce de aquel primer mandato del Espíritu que se cernía sobre las aguas: creced y multiplicaos y dominad la tierra. Teilhard entendió, y aquí está el secreto de su sinceridad en su vocación científica, que aquel mandato no fue un capricho del Espíritu, sino la Palabra del que había visto que todo cuando había hecho era bueno.

Por eso a Teilhard le cuesta ser puramente científico. Los esquemas de la física clásica de Galileo y Newton, o de la física moderna de Einstein o Heisenberg, aunque en sí sean valiosos y produzcan resultados, no bastan. Teilhard ve, como escribía ya en 1929, "toda la grandeza, todos los atributos físicos e históricos, con que la ciencia ha ido cargando la materia en los últimos ciento cincuenta años". (5) Pero la materia se entiende sólo por su relación al espíritu. El espíritu "cargado con los despojos de la materia avanzando siempre hacia adelante y hacia arriba".

La concepción de la ciencia de Teilhard, sin que niegue evidentemente la necesidad de las modernas investigaciones en matemáticas, física, química y biología, se aproxima en cierto modo más a la de los antiguos que a la de los moder-

nos: A una ciencia actual con predominio casi universal de lo cuantitativo, Teilhard pone de relieve el valor de la cualitativo aun como método científico. Para Aristóteles el movimiento de un proyectil, por ejemplo, no se podía expresar puramente en una ecuación en que la distancia —x— tenía un valor puramente cuantitativo. Para el estagirita había lugares naturales hacia los que el proyectil tendía, con lo que esto implica de valoración cualitativa. La física no era puramente física sino que estaba animada, como en general en todo el pensamiento antiguo, de cierto biologismo (bios: vida). Como finalmente observa Bergson hay dos concepciones fundamentales de las ciencias naturales: una que reduce todos los fenómenos naturales fundamentalmente a leyes implacables y sin espontaneidad, cuyo principal ejemplo sería la física; y otra que los reduce a un nivel vital, de especie viviente, y cuyo principal ejemplo es la biología. (6).

Sin hacer reduccionismos absurdos, Teilhard ha visto los valores que se encierran en esta segunda concepción. La ley suprema del mundo material no es una ley mecanicista, como las de Newton, Lagrange y Laplace. No es tampoco una ley espontánea en el sentido indeterminístico de Heisenberg. Es una ley vital de tipo bergsoniano, y que se descubre en un desdoblamiento de la conciencia, incipiente ya en el mundo de la materia.

"La entropía ha sido reemplazada para mí por la ley de una conciencia más universal, como la ley física fundamental del universo". La ley de la entropía, sin discutir aquí su valor científico actual desde el descubrimiento de la mecánica estadística, (8) es una ley pesimista supone que la cantidad de energía aprovechable en el universo disminuye cada momento. Es esencialmente una ley de descenso. A esa visión del mundo material que se consume a sí mismo, Teilhard opone su visión ascendente de un mundo material convertido fundamentalmente en organismo evolvente y, por consiguiente, capaz de transcender las limitaciones inherentes a la materia al seguir el vuelo del espíritu que le anima.

Teilhard ve claramente que la materia es incapaz de explicarse a sí misma, no sólo en cuanto a su origen, sino más importante aún, en cuanto a su perfeccionamiento progresivo. El científico sincero tiene que reconocer el vuelo del espíritu en la materia. Si esto beneficia grandemente al científico moderno ayudándole a transcender sus limitaciones, no ayuda menos al hombre religioso, al mostrarle la imposibilidad de separar el espíritu de su situación encarnada. Teilhard escribe lleno de júbilo: "Es muy confortante la confirmación de una idea muy querida para mí: que en el futuro la fe en Jesucristo nunca se mantendrá ni se propagará sino a través de la fe en el mundo".

"Todo lo que sube converge", solía decir. Este es el mensaje de su ciencia iluminada. Al mismo tiempo que escribía el "Fenómeno del Hombre", que con tanto esmero y paciencia compuso, como muestra su correspondencia durante la II Guerra Mundial, envió este comunicado a un congreso celebrado en Nueva York que resume admirablemente su visión científico-mística del universo:

"... el sentido de la Tierra, que se desarrolla y abre hacia arriba en la dirección de Dios, y el sentido de Dios que establece sus raíces en la dirección de la Tierra y se alimenta desde abajo: Dios, el Dios personal y transcendente, y el universo en evolución, no ya dos centros de atracción antagónicos, sino formando parte de una jerarquía para elevar la humanidad en la cresta de una única ola. Tal es la asombrosa transformación que la idea de una evolución espiritual del universo nos da derecho a esperar lógicamente, y que ya ha comenzado a obrar en números crecientes de librepensadores y creyentes". (10).

El Contemplativo.—

Es evidente que las teorías científicas de Teilhard presuponen un pensamiento de tipo filosófico o místico, aunque él quizás nunca los haya presentado como tales. Ese pensamiento tiene su raíz en la contemplación, aunque le mueva a la acción. Teilhard poseía el tipo de alma candorosa, filosóficamente virgen —podríamos decir— que no ha perdido la habilidad de contemplar y entusiasmarse con lo contemplado. Es el tipo de hombre que describe Chesterton en su "Ortodoxia", a quien no hay que pintarle manzanas de oro y ríos de leche y miel, porque sabe apreciar la maravilla de manzanas rojas y ríos de agua fresca. Como él solía repetir, citando al geólogo Pierre Termier, "todo lo que sucede es admirable".

Pero como acontece a todos los grandes contemplativos de la realidad, comenzando por Platón, Teilhard tuvo que saborear la angustia de enfrentarse con el hecho de que "nada de lo que podemos tocar es la verdadera consistencia que buscamos, mientras que lo que nos parece ser la verdadera consistencia del mundo no lo podemos tocar. "Beati qui non viderunt et crediderunt". (11).

Habiéndose planteado este problema fundamental de nuestra existencia, Teilhard no cometió la equivocación, tan frecuente entre los filósofos franceses, de entregarse a la desesperación nihilista, ni se escondió en un mundo transcendente, para no contaminarse con el real. Teilhard aprendió que el hombre puede trascenderse a sí mismo dentro del tiempo, colaboran-

do con él en un camino de fe, cuya ruta no le es dado a conocer al hombre totalmente, en la edificación de un Absoluto. "Cuanto más me analizo, más descubro esta verdad psicológica: que ningún hombre levanta el dedo meñique para ninguna obra sin que le mueva la convicción, más o menos oscura, de que está trabajando infinitesimalmente (al menos de modo indirecto) para la edificación de algo definitivo, es decir, Tu misma obra, Dios mío". (12).

Este Absoluto no se nos da, sino que se hace. Teilhard así lo entiende. Nada más lejos del estaticismo griego que el pensamiento de Teilhard. La energía del universo que nos rodea se despliega en el tiempo, no en un círculo perfecto —sueño dorado de Aristóteles—, sino en una línea recta, o mejor, en una espiral ascendente. "He hecho progresos en el gusto y apreciación de lo que realmente sucede, independientemente de su contenido agradable o desagradable: el acontecimiento que se convierte en "algo adorable" precisamente y sólo porque es privilegiado de ser la forma que toma la realidad naciente". (13).

Este pensamiento nos recuerda la intuición bergsoniana, descrita por él como "una *simpatía*, por la cual nos transportamos al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y por consiguiente de inexpressable". (14). Teilhard es un buen comentarista de Bergson cuando, no ya en un plano puramente filosófico, sino cristiano, escribe al terminar sus ejercicios espirituales de 1940: "Se me hace tan sencillo y tan simplificador buscar a Dios poniéndome en contacto con el hacerse de las cosas, sus movimientos, sus reconocimientos, su ritmo... (15).

Se puede decir que esa fue la oración continua de Teilhard, el filósofo místico. La gran tentación que quiso evitar fue el desengaño de la realidad; la gran tragedia, única irremediable, es la amargura libremente acogida en el corazón. En "El Medio Divino", en una oración llena de hondura metafísica, dice:

Oh Tú, cuya llamada precede al primero de nuestros movimientos, concédeme, Dios mío, el deseo de querer ser, a fin de que por esta divina sed misma que me has dado, se abra en mí ampliamente el acceso a las grandes fuentes".

"El gusto sagrado del ser, esta energía primordial, este primero de nuestros puntos de apoyo, no me lo quites, Dios mío. *Spiritu principali* confirma me". (16).

Necesario acompañamiento de esa visión contemplativa de una realidad que continuamente avanza movida por el Espíritu es la visión escatológica de Teilhard. Su visión de la historia no es siempre aceptada sin reservas. Sin embargo, no se le puede negar a Teilhard esa virtud de que se nutre la historia, no en los li-

bros de los que la escriben, sino en el corazón de los que la hacen: la esperanza. A Teilhard se le pueden aplicar las palabras con que Marcel ha descrito admirablemente la esperanza como "una cierta virginidad, no tocada por la experiencia, que pertenece a aquéllos que no han sido endurecidos por la vida". (17).

Por eso Teilhard se complace en llamarse a sí mismo el peregrino del futuro. El pasado ha dejado de interesarle. Estudia el pasado sólo para poder hablar con autoridad del futuro, y se lamenta de aquellos que estudian el pasado como si tuviera algún valor en sí mismo, tratándolo como sólo el futuro merece ser tratado, sin caer en la cuenta de que la única manera de dialogar con el pasado es para edificar un futuro.

El contemplativo del ser se ha convertido en peregrino del futuro, porque ha descubierto el dinamismo de una realidad evolvente con la que hay que colaborar. Más aún, en el proceso evolutivo, el hombre, dotado de libertad, tiene en sus manos el destino del futuro. Teilhard, el contemplativo, quiere que en ese momento "nuestro ser esté tenso, dirigido con pasión hacia aquello que es el espíritu en todas las cosas". (18). Confiado en ese espíritu poniendo a un lado intereses personales, nuestra vida se convierte en acción, paralela al dinamismo del espíritu. "Todo lo que de verdad importa es acción, acción fiel por el mundo y en Dios". (19).

El Cristiano

Quizás extrañe a alguno que, al hablar de Teilhard como cristiano, me fije en el problema del mal, tan negativo en apariencia, ofreciéndonos Teilhard, por otra parte, un ejemplo de optimismo cristiano de ensalzamiento y aun cristificación de toda la creación. En sus cartas, sin embargo, Teilhard se fija a menudo en el problema del mal, sin duda ninguna porque el mal es un misterio existencial, y las cartas se dirigen siempre a personas de carne y hueso y no sólo a lectores.

Otra razón para escoger el problema del mal es que mucho se ha escrito ya sobre el otro aspecto de Teilhard. Nosotros creemos que hoy queda ya un poco lejos el acomismo y ascetismo medievales y que la teología está definitivamente revalorizando el mundo creado, a través de estudios sobre la Encarnación y la Resurrección. No se trata pues ahora de volver con el ánimo masoquista a considerar las limitaciones de lo creado, sino a estudiar el pensamiento de Teilhard, el hombre del medio divino, sobre este problema que ha sido y es el escándalo del pensamiento, y que constantemente nos recuerda nuestra realidad ontológica limitada.

Además, el existencialismo de tipo nihilista nos está forzando a pensar en el problema del mal en nuevas dimensiones. Contra el existen-

cialismo nihilista se debe defender la supremacía del ser, de la bondad, del Absoluto, de Dios. Pero esto no basta. El problema no es tanto elegir: o Dios o la Nada. El problema se presenta precisamente cuando uno se resiste a elegir, y acepta las dos evidencias que se nos presentan: el ser y el no ser. No es de extrañar que hoy en día proliferen los estudios sobre el mal, desde este punto de vista verdaderamente crítico. El P. Lonergan, por ejemplo, en su obra monumental "Insight", (20) donde ataca prácticamente todos los problemas que rodean al hombre, habla primero del hombre como tal, después de Dios, y por último menciona el problema del mal como problema límite que desafía la inteligencia humana.

Como el problema del mal es por su misma esencia ininteligible no se puede hablar de él en filosofía, sino sólo para enunciar el problema, indicar su carácter constitutivamente negativo y apuntar a otra realidad transcendente donde una nueva luz pueda ayudar al hombre si no a comprender si al menos a convivir inteligentemente con el mal. En ese momento la filosofía cede el paso a la religión. En la experiencia religiosa el problema del mal se convierte en misterio vivido, y en la gran religión cristiana esa vida es el amor. El amor cristiano es el único que puede asimilar el mal, porque como ya decía San Pablo a los de Corinto, es un amor sin condiciones, que abarca todo.

"Caritas non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati" (21) La caridad no se alegra en la iniquidad sino que se alegra en la verdad. La caridad se alegra en la verdad de lo bueno, aunque tenga que permanecer silenciosa ante la presencia de lo malo. Sólo los ojos del que ama pueden ver el mal en sí, porque no cometen la equivocación de identificar el mal con lo que en sí es bueno. Por eso es interesante estudiar la reacción de Teilhard ante el mal. Uno sabe de antemano que Teilhard no va a dar una solución simplista, nunca va a declarar viciada esa creación que tanto amó, sino que entrará en otro nivel de contemplación: la contemplación del ser, sí, pero del ser limitado.

* * *

Al estudiar el problema del mal se pueden distinguir varios niveles. Uno es el problema de la limitación del universo, creado aún antes de la intervención libre del hombre. Teilhard experimentó esa limitación en su vocación de peregrino del futuro, cuando escribía: "¿No es una cosa extraña que el mismo objeto de mi trabajo desaparezca en el horizonte, precisamente cuando me entrega sus frutos? ¿Y que yo tenga que atribuir menos valor a las cosas descubiertas precisamente porque de ahí en adelante su interés ha sido ya sobrepasado?" (22) Esa tragedia del ser limitado, que una vez conquistado se

deshace en las manos, esa dialéctica del pasado y del futuro en la que el pasado no tiene valor y el futuro vale precisamente porque todavía no es y cuando es, ya es pobre pasado, atormenta el alma de Teilhard que escribe: "Qué cosa tan extraña es la vida! Tenemos que aceptar el hecho de que nada de lo que podemos tocar es la verdadera consistencia de las cosas". (23).

Para esta angustiosa situación existe una respuesta: la Cruz. Una cruz que teológicamente preside el plano sobrenatural, pero que es también una cruz cósmica. La cruz no expresa primariamente un elemento negativo, sino la realidad de un ser imperfecto, herido por la limitación, pero que lleva en sí, y esta es la característica de la cruz, el germen de redención. Esa redención consiste para los seres no dotados de libertad en un morir, para dar vida a otros seres de más perfección en la ascensión evolucionista. Por eso dice Teilhard al final de "El Fenómeno del Hombre": "De una manera o de otra esa verdad que aun desde el punto de vista del mero biólogo la épica humana a nada se parece más que al camino de la cruz". (24).

Sin embargo, existe otro nivel de limitación, que es el nivel del hombre. El hombre, por ser en cierto modo un ser terminal, no puede contentarse con morir para dar vida a otro ser que siga el proceso evolutivo. Como el hombre es espíritu encarnado, no puede estar sometido totalmente a la dirección horizontal de la materia, sino que exige una cierta transcendencia vertical.

La cruz preside también esa dimensión vertical de desarrollo. De una manera misteriosa, pero comprobada infinitas veces por la historia de los grandes hombres, como en el caso de Newman, Tomás Moro y del mismo Teilhard, es verdad que "el humanismo no es de por sí cristiano. El humanismo cristiano debe ser un humanismo convertido. No se puede pasar de un amor natural al amor sobrenatural. Hace falta perderse para encontrarse. Dialéctica espiritual cuyo rigor se impone a la humanidad como al individuo". (25). Esta misteriosa muerte, que lleva en sí el germen de resurrección, la vivió profundamente Teilhard. Escribía en 1929:

"Cuanto más vivo, tanto más siento que el verdadero reposo consiste en renunciar-se a sí mismo, con lo cual quiero decir, decidirse a admitir que no es importante el ser feliz o no serlo, en el sentido normal de la palabra. Triunfo o satisfacción personales no merecen un segundo pensamiento, si es que uno las logra, ni merecen pesadumbre, si a uno se le escapan o son lentas en llegar". (26)

Es evidente que un hombre como Teilhard no nos está dando aquí una solución simplista, que se reduce a escaparse del mundo. Teilhard

amó al mundo con pasión pero ha descubierto también otra realidad transcendente en la que solamente el espíritu humano halla verdadera morada.

Usando de una distinción clásica, el hombre es naturaleza y es persona. El hombre en cuanto naturaleza "recibe" una serie de valores de orden sensible (alimentos, placeres...), sociales (honor, compañía...), espirituales (conocimiento, amistades...). Como persona el hombre tiene la suprema prerrogativa del ser libre de crear un orden nuevo, transcendente diciendo "sí" al valor moral que se le presenta, aunque esto suponga muchos "nos" para su naturaleza. El hombre depende de factores ajenos a él para triunfar o fracasar como naturaleza, pero como persona se basta a sí mismo.

Aunque este lenguaje sea ajeno a Teilhard, el fondo está de acuerdo con su pensamiento. Enamorado apasionadamente del hombre-naturaleza, reconoce el orden transcendente del hombre-persona. Por otra parte iluminado por la fe, puede reconocer en ese orden transcendente la vida de Dios Padre, cosa que almas nobles como Sócrates y Platón no podían sino barruntar vagamente.

La Cruz, como redención, es la expresión de la dialéctica del hombre-naturaleza y del hombre-persona. El hombre-persona se hace en cierto modo a través de la muerte del hombre-naturaleza. Así escribía Teilhard a un amigo suyo angustiado:

"Nunca cedas. Trata de atacar la situación desde otro ángulo, el ángulo correcto donde el triunfo está en proporción, no a la extensión del individuo, sino a la constancia en el esfuerzo de hacer el mundo alrededor de El menos duro y más humano. Si la presión de los acontecimientos puede moverte a hacer el sacrificio mental de toda ambición personal en favor de un deber más alto, estoy convencido de que puedes alcanzar un grado de liberación y claridad de visión en relación al mundo exterior, mucho mayor de lo que puedes imaginarte. Debemos luchar por conservar un apetito real por la vida y la acción, renunciando al mismo tiempo a todo deseo de felicidad personal. Ahí yace el secreto, y no la ilusión, del medio divino". (28)

Podemos descubrir, pues, dos elementos en la dialéctica persona-naturaleza. Primero, el triunfo radical del hombre cuando se abre al bien moral, independientemente de lo que pase a su naturaleza. Segundo, a través de esa muerte a su naturaleza, el hombre resucita a una vida mejor, aun en el plano de la naturaleza. Es como si renunciásemos al universo, en un acto radical, para encontrarnos después con ese mis-

mo universo en nuestras manos, pero mucho más purificado, pues la renuncia primera en favor del espíritu nos ha dado ojos limpios para descubrir un universo más maravilloso.

* * *

Este aspecto del pensamiento de Teilhard no es quizás tan conocido, pero nos parece vital para entender su influjo. Como decíamos más arriba, no es difícil hacer la elección entre el ser y la nada; pero admitir los dos, combinarlos, jerarquizarlos, y nunca abandonar a uno de ellos por los problemas que el otro nos ocasiona, eso es la marca del genio.

Teilhard nunca traicionó al universo que tanto amó, ni traicionó el misterio de la persona, que en la economía actual es el misterio de la gracia. Y la Cruz fue la solución. Una cruz hecha de la madera que crece en los montes, con clavos de hierro, metal cuya consistencia tanto le impresionaba ya a la edad de siete años. Pero en esa cruz hay una persona. La contemplación de Teilhard ante el crucifijo, es más impresionante aún que su himno a la materia. La gran solución a nuestra vida es mirar al crucifijo. Pero mirarlo bien. No por el lado donde sólo se cruzan dos palos, como él solía decir, sino, dándole vuelta, por el lado donde cuelga un Hombre.

Así como en la evolución hay un aumento constante de conciencia hasta llegar a la con-

ciencia del hombre, así también el problema del mal ha tenido su evolución. "Comprendemos que desde el origen de la Humanidad actual ella se alzaba ya ante el camino que lleva a las cumbres superiores de la creación. Sólo a la luz creciente de la Revelación, sus brazos, primero desnudos, aparecieron revestidos de Cristo: "Cruz inuncta". A primera vista, este cuerpo sangrante puede parecernos fúnebre. ¿No irradia noche? Acerquémonos más. Y nos encontraremos con el Serafín inflamado de Alvernia, cuya pasión y compasión son "incendium mentis". El cristiano no ha de desaparecer en la sombra de la Cruz: ha de aparecer en su luz". (29)

Aquí está, en nuestra opinión, la fuerza enorme de atracción de Teilhard de Chardin. Además de su mirada ecuménica en el campo de la ciencia y de la filosofía, su mirada verdaderamente compasiva se ha fijado en el terrible misterio del ser limitado. La aceptación sincera de la Cruz le da autoridad para que pueda hablar de la luz que viene de esa Cruz. Precisamente, porque sabe hablar del ser limitado se le puede escuchar cuando habla de la plenitud del ser. Porque ha sabido vencer la tentación simplista del Progreso sin cruz, nos impresiona tanto cuando habla del punto Omega, más allá de la Cruz.

Teilhard escribió mucho, pero al menos en este punto de comprender la grandeza y paradoja de la persona humana, hecha de cruz y de luz, su vida seguirá siendo su mejor libro.

(1) De Trin., IX, c. 1.

(2) Discurso del P. Karl Rahner en Salzburgo el 29 de abril de 1965.

(3) Para comprender el ambiente intelectual francés desde un punto de vista católico, pueden verse el libro de Etienne Gilson, *The Philosopher and Theology*, New York. Random House, 1962; y los de Raïssa Maritain, *We have been Friends Together* y *Adventures in Grace*, Image Books.

(4) Teilhard de Chardin, Pierre, S. J. *Letters from a Traveler*, Harper & Row, New York and Evanston. 1962. En ésta como en las citas restantes la traducción de la edición inglesa de las cartas está hecha por el autor del artículo. La mayoría de las cartas están dirigidas a Mlle. Teilhard-Chambon.

(5) Ibid, p. 151.

(6) Bergson, Henry. *Creative Evolution*, New York. The Modern Library, 1944, p. 245. Traducción del inglés del autor.

(7) Teilhard de Chardin, op. cit. p. 151.

(8) Para entender el problema desde un punto de vista científico, ver por ejemplo, D'Abro, A. *The Rise of The New Physics*, Dover Books, 1951. Cap. XXI. Thermodynamics.

(9) Teilhard de Chardin, op. cit. p. 177.

(10) Ibid. p. 273.

(11) Ibid. p. 88.

(12) Teilhard de Chardin, Pierre. *El Medio Divino*, Ediciones Taurus, Madrid, 1959, p. 41.

(13) Teilhard, Letters, p. 183.

(14) Bergson, Henry. *Introducción a la metafísica*, Ediciones Leviatan, Buenos Aires, p. 16.

(15) Teilhard, op. cit. p. 255.

(16) p. 71.

(17) Marcel, Gabriel, *Homo Viator*, Victor Gallanz, London, 1951, p. 51. Traducción del autor.

(18) Teilhard, Letters, p. 162.

(19) Ibid. p. 160.

(20) Lonergan, Bernard J. F., S. J. *Insight. A Study of Human Understanding*, Philosophical Library, New York, 1963.

(21) I Cor. 13: 6.

(22) Teilhard, Letters, p. 207.

(23) Ibid. p. 88.

(24) Teilhard de Chardin, Pierre. *The Phenomenon of Man*, Harper Torchbook, New York. p. 311. Traducción del autor.

(25) De Lubac, Henry. *Catholicisme*, Les Editions du Cerf, Paris, 1962, p. 323. Traducción del autor. El P. De Lubac ha escrito un penetrante estudio sobre Teilhard, *La Pensée religieuse du Pere Teilhard de Chardin*.

(26) Letters, p. 160.

(27) Uno de los mejores estudios en esta materia es el reciente libro del P. Joseph de Finance *Essai sur l'agir humain*, Université Grégorienne, Roma. 1962, pp. 221-26, 228-30, 236-7.

(28) Letters, p. 206.

(29) *El Medio Divino*, p. 104.